

MIRET MAGDALENA

LA TENTACION NEO-NAZI

Algunos no me han entendido: yo no creo que entre los dos colosos políticos alemanes —la democracia socialista y la democracia cristiana— tenga viabilidad el mal llamado partido neo-nazi, el N. P. D.

Los partidos de los cristianos Kiesinger y Strauss, o del popular Willy Brandt, tienen acaparadas todas las posibilidades para un próximo futuro en la Alemania Occidental.

Es más: creo totalmente ingenuo hablar de un verdadero partido nazi en el futuro.

Pero lo que sí creo —con otros muchos comentaristas europeos— es que las raíces del totalitarismo, bajo versiones más populares y actuales, no han sido desarraigadas del mundo germano, y tampoco de buena parte del mundo occidental. El neocapitalismo, la neo-democracia, el neo-liberalismo son intentos de disfrazar con renovadas palabras los sistemas que promueven y defienden a los grupos de dominio o de poder. Y, contra ellos, la masa se siente inerme, sin fuerzas ni capacidad de lucha. Y de ahí brota, entre otras, la tentación neo-nazi o neofascista, que no es lo mismo que la tentación nazi o fascista que parece la del partido N. P. D.

La corrupción existente en muchos partidos políticos occidentales se ha convertido casi en un tópico demagógico. Pero los hechos como la cadena de suicidios ocurrida en los ministerios alemanes, que la prensa española ha recogido varias veces, es algo más que un recurso fácil contra los defectos del sistema político alemán de corte capitalista. Pensemos serenamente que más de diez funcionarios y dirigentes políticos de organismos ministeriales germanos han decidido acabar con su vida desde Octubre último, y esto es significativo.

Heinemann, el Presidente alemán recién elegido, dimitió, en tiempo del Canciller Adenauer, de sus cargos ministeriales y de los políticos del partido demócrata cristiano, defraudado por la actitud adoptada entonces por la democracia cristiana alemana. Cuando el Canciller Adenauer decidió el rearme alemán, se opuso Heinemann, recordando probablemente las palabras del filósofo Nietzsche que expresan la eterna tentación del germanismo: «Los alemanes creen que la fuerza se debe manifestar en la dureza... y, por eso, se someten a ella gustosos y con admiración; no creen que pueda haber fuerza en la suavidad y la bondad» («Tratados Filosóficos», F. Nietzsche).

Incluso recordaría, sin duda, este gran cristiano esa mezcla extraña de cualidades ejemplares y peligrosas que este gran pensador —en ese mismo estudio— atribuye a muchos alemanes: el trabajo entregado, por un lado, y el servilismo al grupo dominante, por otro; la incapacidad para tomar ejemplo de su propia experiencia histórica y su engañosa alición a la música «no para desahogar sus pasiones, sino para excitarse», como ocurrió con muchos crueles dirigentes nazis. Por eso se opuso Heinemann a su «cristiano» partido, al que atribuía este sucinto y egoísta programa: «Ganar mucho dinero, tener guerreros para defenderse e iglesias para bendecir al dinero y a los guerreros» (Carlos Gay, «Un hombre de la Iglesia confesante». Nuovi Tempi, 16 de marzo de 1969).

Se opone hoy también, con toda la razón, al apelativo «cristiano» aplicado a un partido o grupo humano porque sabe que las cosas no se santifican por los nombres, como creían los hombres de las culturas primitivas, sino por los hechos. Repele cualquier totalitarismo o estatismo, porque sabe que —por muchas bendiciones que se le echen— son situaciones de raíz pagana, como lo fue el Estado o el Emperador divinizados del paganismo romano. No comprende la pena de muerte ni cree que la sociedad se defienda mejor con ella que con la rehabilitación educativa.

Está, como el gran alemán anti-nazi que acaba de morir, el filósofo Karl Jaspers, en pro del «necesario recurso de la razón» más que de la violencia por las armas. Igual que quiso el gran Papa de la guerra europea, el olvidado anti-integrista Benedicto XV; o como pretendió, tras la guerra mundial, el popular Juan XXIII. Quiere —como Jaspers— «un orden jurídico mundial» para evitar el anodamiento atómico o la servidumbre por la pérdida de libertad que se esconde tras las ilusiones de la paradójica y aparente libertad que hay en muchos países occi-

dentales; peligro atómico y esclavitud moderna que amenazan todos los días al hombre contemporáneo.

Quienes piensan que el catolicismo es el mayor baluarte contra cualquier totalitarismo debían ser más realistas y recordar que, en pleno nazismo, «el catolicismo alemán, al menos hasta 1939, no se comprometió a favor de la libertad ni de los judíos ni de las víctimas de los campos de concentración» (Carl Amery, «La capitulación»). Y «una cierta afinidad con lo autoritario y cierta manera mundana de entender la política, indujeron a los Obispos alemanes a dar su apoyo a la toma del poder por los nazis, según Bockenförde» (Carl Amery, *Idem*).

Porque el catolicismo, como fuerza de transformación del mundo, no lo es por su doctrina abstracta, sino por los hechos concretos de los católicos. Y buena parte de éstos se han dejado llevar de las tentaciones que estamos recordando, para memoria futura de alemanes o no alemanes.

El sociólogo Ebenstein, en su excelente estudio sobre «El totalitarismo», señala una cosa muy aguda: que la veta filo-fascista no es tentación para una sola clase social: «Los ricos industriales y terratenientes lo apoyan por alguna razón; la clase media inferior, por otra; los psicópatas y criminales (como vimos en los dirigentes de la poderosa Alemania nazi), por otra muy distinta».

Esta tentación algunos la ven resurgir en las canciones populares de inspiración musical guerrera, tan difundidas hoy en Alemania (en el autobús en el que viajé por el Rin no oímos otra música); en el sistema capitalista disciplinario y rígidamente jerárquico que hay allí; en esa extensísima clase media popular (sustitutivo actual del antiguo proletariado), que vive con un afán patológico de seguridad, con un inconsciente resentimiento —poco eficaz, por ser demasiado ingenuo— contra los grupos capitalistas de poder y con una sensación oculta de frustración en su tan anhelada libertad nunca conseguida realmente. Esas tendencias inconscientes pueden —sobre todo si son habilmente manejadas— hacer brotar la ilusión de querer ser partidarios de una poderosa política paternalista, demagógicamente popular y dirigista, que prometa seguridad, revancha —sin grandes consecuencias sociales— contra el privilegiado y una relativa nivelación social. En una palabra: la dimisión de la participación popular, del desarrollo humano espontáneo, del fomento de los grupos democráticos naturales, de la libertad social verdaderamente humana y conquistada con el esfuerzo de todos y cada uno. Y toda esta dimisión humana, y entrega al paternalismo dirigista, a cambio de ese plato de lentejas para muchos, sin más elevación social y humana, que es lo que realiza el Estado filo-fascista por renovado que se le suponga, que es la tentación que me parece —como a algunos agudos observadores políticos y cristianos— ver en la Alemania actual en forma latente.

En una palabra, es esta la moderna versión de la política del «panem et circenses» que practicaba la antigua Roma con sus esclavos y que —en cualquier momento— puede surgir como tentación postcapitalista en la masa media viciada —como en Alemania— por el egoísmo material.

Pero nuestra meta europea, como propugna el gran pedagogo A. S. Makarenko, debe ser educar para un futuro abierto, no para un porvenir inmediato sin perspectiva humana. «Educar al individuo —decía— significa alumbrar en él sendas con perspectivas» (Obras completas, tomo V). Y Shiskin nos recuerda una gran verdad en su «Ética»: «El hombre que determina su conducta por una perspectiva demasiado fácil es el más débil».

Necesita creer Alemania —o cualquier otro país— no en una política de intereses de grupo o de libertades para los privilegiados, ni siquiera en el dirigismo infantiloides de una política paternalista, sino en una política «esencialmente educadora», como propugna el pensador Bontemps. Creer de una vez que «el papel de la educación es decisivo», y no la acción hábil de la manobra, el discurso demagógico o la propaganda engañosa con señuelos que apaciguan nuestros temores inconscientes. Hemos de hacer un esfuerzo por acceder a la era de la razón —como quería Freud—, aunque sea a fuerza de sacrificio, porque los sistemas fáciles han fracasado, y los hombres del siglo XX, mayores de edad, debemos convencernos de una vez de ello.